

PRIMERA PARTE

Los cimientos del puente

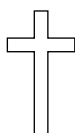
La vaguedad de la mirada y la incertidumbre del gesto revelaron apenas la delicada operación de sopesar que se producía en su conciencia. Sobre los platos de la balanza caían apresuradamente los argumentos en pro y en contra, los sentimientos generosos y los sentimientos egoístas. Un par de segundos bastaron para sopesar fabulosas cantidades de materia psíquica... No volvía atrás. [...] Sí; es cierto. Cada cual tiene su manera de amar. Y cada cual tiene su manera de añorar. Y su manera de buscar consuelo...

Eva, Carles Soldevila

I

Una nota en el periódico. Así fue su último adiós. Una breve nota que publicó mi padre en la prensa local y que me envió por carta días después. Porque yo estaba en el extranjero y él no quería romper mi nuevo ritmo de vida. No fui al entierro de mi abuela. La he recordado siempre durante estos doce años que han pasado. Ahora está muerta, está lejos. Ya no me puede oír. No me puede escuchar, tampoco hablar. Añoro su voz fría y cálida al mismo tiempo, que siempre me acompañaba cuando llegaba a su piso, tras salir del instituto, cuando todavía no había cumplido los quince años. Era una casa mágica, un espacio distinto, magnético y atractivo, que me hacía sentir cómoda, la imaginación al servicio de mi mente de adolescente que quería llegar muy lejos. En unos lugares distintos a aquellos en los que se movía mi vida. Soñar despierta, crear fantasías sobre las cosas del día a día, romper con las pautas lógicas con las que iba creciendo. Quería, ciertamente, que todo fuera mentira y enigma, fantasía e ilusión, distinta como me veía frente a los espejos. No me gustaba cómo era, ciertamente, pero su compañía, la de aquella mujer que en silencio siempre me había querido,

me hacía sentir bien, aunque fuera solamente durante aquellas tardes en las que la visitaba. Cortas estancias alrededor de una mesa en el salón donde yo hacía mis deberes y ella me vigilaba, discretamente, sin ningún tipo de enojo... Mi abuela, la señora Dolores. Sólo queda en mi recuerdo el recorte pasado de su muerte. Una imagen que se ha mantenido latente en mi memoria. En medio de los papeles que he traído de Italia, este minúsculo recorte de periódico. Su muerte, el inicio auténtico de mi vida.



DEP

Dolores Peris Boluda
(Alcoi 1908 – Alicante 1989)

Tu hijo, tu nuera y tu nieta siempre te recuerdan.

Piden una oración en su nombre.

El entierro será esta tarde a las 18 horas en la
Iglesia de Santa María.

Alicante, 3 de noviembre de 1989

* * *

Murió al poco tiempo del inicio de mi viaje. Su asistenta la encontró durmiendo y no la pudo despertar. Se había ido como había vivido, sin ruido, con el silencio del tiempo. Sin ilusiones porque las piernas ya no le respondían como antes. Y había mantenido el susurro de mis palabras y de mis secretos de adolescente, porque me había descubierto en muchas ocasiones... con la presión de la calidez de su mano que nunca podré olvidar... Me enteré a través de la carta que mi padre me envió a Nápoles. Era la primera correspondencia que recibía de mis padres desde que había llegado. Las palabras de mi padre venían acompañadas de la nota necrológica y de una caja roja hermética con la mitad de sus cenizas. La otra mitad, ya estaba en el mar. Y he colocado aquella caja encima de las mesas de despacho que he ido teniendo, para tenerla siempre a mano, muy cerca. Y ahora está aquí nuevamente, encima de esta mesa; la caja roja me ha acompañado en mi regreso definitivo a Alicante. La caja que guarda mis secretos que, de vez en cuando, durante los últimos años, he abierto y me ha hecho recordar el aprecio de mi abuela. Aquel olor suave de manzana verde que siempre he percibido en su interior, desde que sor Mercedes, la directora del centro privado donde trabajé los últimos años en Nápoles, me lo contó; que los ángeles de las personas queridas que habían muerto, olían a manzana verde cuando se acercaban... No sé si es un hecho habitual mantener las cenizas de un familiar muerto, olerlas y percibir algún tipo de aroma; con todo, esta ha sido mi costumbre desde que mi padre me las envió. Quería que yo las lanzara desde el otro lado del mar, desde Nápoles, porque la abuela me había amado y así lo hubiera

deseado. Ellos lo habían hecho en el puerto de Alicante, desde el punto exacto dónde cincuenta años antes mi abuela había visto partir a su marido, en un barco del ejército republicano. No volvió a tener ninguna otra noticia suya, tan sólo una breve nota del gobierno que notificaba su muerte heroica cuatro meses antes de nacer su hijo. Desde que había ido a vivir a Alicante, la señora Dolores siempre había ido al puerto cuando el sol se desvanecía, para ver una vez más el barco que se había llevado a su marido para siempre. Por eso, nos había repetido tantas veces que, cuando muriera, quería volver como la ceniza al agua que se había llevado a *mi Jaime, que no conoció a su hijo*.

Les mentí; mis padres siempre creyeron que el puerto de Nápoles había sido el destino final de aquellas cenizas. He dejado su caja encima de la mesa donde estudiaba cuando era una niña. Me imagino que ella está aquí, detrás de mí. Me mira cómo escribo estas palabras. Nos vemos a través del espejo que ha estado todo este tiempo en la pared donde se apoya la mesa. Dibujo en mi mente la butaca donde se sentaba, al lado de la ventana, y veo cómo hacía ganchillo. Me levanto y observo de pie el viejo espejo, y miro mis ojos, mi cara, la imagen que ella vería si estuviera detrás de mí. De una manera mágica, las cenizas han volado de la caja hermética que he dejado encima de la mesa y han reconstruido su cuerpo, su cara. Mi imaginación... Una imagen que no volví a ver nunca jamás en mis visitas a la familia.

Cada año, cuando volvía por vacaciones de Navidad y de verano, sólo podía visitar a mis padres, que se habían quedado sin nadie tras su desaparición. Como yo, eran hijos únicos. Parece que

siempre hemos estado destinados a tener una escasa descendencia en nuestra familia. Con todo, la carencia de hermanos o de primos no representó para mí un hecho remarcable, tampoco en mi niñez. Mi abuela fue, sobre todo durante mi adolescencia, una fuente de afecto continuo que suplía, en muchos momentos, las diferencias importantes que empezaba a tener con mis padres. Durante los años siguientes, con los estudios de la universidad, las nuevas amistades, las nuevas ocupaciones, fui alejándome de su cotidianidad. La visitaba, sí, pero otras personas empezaban a formar parte de mis vivencias. Fueron, por tanto, durante los años del bachillerato los momentos en que tuvimos mayores lazos de afecto. Mi madre, que trabajaba todo el día, igual que mi padre, decidió que pasara las tardes en su casa, para que me obligara a estudiar. Siempre había sido una buena alumna pero parece que la llegada de mi adolescencia hacía sufrir a la señora de quien yo había heredado el nombre, mi madre, Marta. Un nombre que, con sinceridad, me gustaba más que el de mi abuela. Un nombre demasiado antiguo, más clásico, para personas mayores, Dolores.

A diferencia de la relación con mi madre, fue la abuela la mejor amiga que tuve durante mucho tiempo. Y ahora, después de tantos años, cuando he vuelto definitivamente de una larga estancia en la Italia que nos separó, he querido recuperarla en mi memoria. Una vez que me he instalado en la casa donde vivió, con su recuerdo, he encontrado el pretexto para dejar escritos mis pensamientos, las vivencias de un buen puñado de años durante los cuales he ido huyendo constantemente de los conflictos. Cuando murieron mis padres, decidí vender

su casa: nunca me había gustado. En cambio, la casa de la abuela siempre me había traído mejores recuerdos. Aquí podré superar mis angustias; debo ser fuerte, como ella lo fue, ciertamente. Del mismo modo que, con su ayuda, superé los problemas de mi adolescencia; ahora, con su recuerdo, lo volveré a hacer. Seré valiente y decidida y ganaré de nuevo la partida. El juego eterno al cual la vida nos aboca. Creo firmemente en el destino, siempre he creído en él, porque sé que, detrás de cada problema, de cada angustia, hay una pequeña prueba para crecer en la vida, en nuestra existencia. Ahora he pasado por una de ellas. Un nuevo reto en el extranjero. Debo mantener la esperanza. Es necesario que, con su recuerdo, recupere las fuerzas. Un nuevo aliento para vivir.